

# REVISTA SEMANAL

## DE TEATROS Y AMENA LITERATURA.

### AMENA LITERATURA.

#### BELLINI (1).

Bellini (y esto lo prueban sus obras), estaba dotado de una sensibilidad de corazón extraordinaria. No vengan á decirnos que para crear unos cantos tan suaves y melancólicos como los que abundan en sus obras; que para arrancar lágrimas con melodías empapadas en dolores y amarguras, basta el arte sin el auxilio de un alma amante y profundamente sensible. No, porque la música es la voz del alma; es la expresión de lo que ella es; es la comunicación á todo lo que la rodea, de lo que ella experimenta, de lo que ella siente. Cuando la música no es un vano y cansado ruido, cuando á nosotros se presenta, y nosotros la consideramos simplemente bajo el punto de vista de la melodía, desprendida de las formas y condiciones que prescribe á veces la ciencia, analicémos ese pensamiento solo, analicémos las sensaciones que nos hace experimentar, y él nos servirá de dato y norma para definir el ser que lo ha producido. Ese pensamiento nos dirá su carácter, sus gustos, sus pasiones; será, lo repetimos, la expresión exacta y verdadera del alma que involuntariamente se revela, descubriendo sus sentimientos tristes ó alegres, severos ó tiernos.

Inútil es, pues, decir á quien conozca la música de Bellini, si era sincero en sus afectos, si su corazón era bueno y sensible, si debió amar á María con pasión: de algún tiempo á aquella parte, sobre todo, la frecuencia de sus visitas á casa de la joven había acrecentado su amor. Y ya por el conde fijada la época de la boda, faltaba solo mes y medio para que llegasen los dos amantes al colmo de la felicidad.

Pocos días después de aquel en que señaló el mismo conde el momento de la suspirada unión, acababa apenas Bellini de entrar en su cuarto y se disponía á acostarse, cuando oyó llamar á la puerta.

Era el que llamaba un criado del conde de

(1) Véanse nuestros números 4.º y 8.

TOMO I.

Sassolini, quien le escribía que se sirviese pasar inmediatamente á la villa Carvo. Sin poder comprender la causa de esta cita, apresuróse á acudir á ella el enamorado Bellini. Recibióle el conde de pié, con los brazos cruzados é inmóvil delante de la chimenea de su cuarto. Al verlo, se sintió Bellini dolorosamente sobrecogido. El semblante del conde, trabajado por las punzantes emociones del fuego, y por las fatigas de las noches pasadas en vela, tenía una expresión de dureza que le heló la sangre en las venas.

—«Bellini,—dijo con frialdad el conde,—tengo que hablar á V. á solas de un asunto muy serio y que le interesa.—Confío que me hará V. el favor de no hacer objeción alguna á lo que voy á decirle, y que no insistirá para obtener una retractación de lo que voy á exigir; toda resistencia sería inútil; mi resolución es inmutable, y cuanto V. hiciera, solo conduciría á comprometer la dicha, el sosiego y la libertad de una persona que está en mi poder y á quien ha manifestado V. algún afecto.

Bellini, inmutado y aturrido por aquel tono áspero y frío, respondió que se sometería á lo que exigiese el conde.

—¿Se acordará V. de esa promesa?—Le dijo Sassolini.

—Si, señor,—respondió el joven.

—Pues bien,—añadió entonces el conde sin rebajar un punto de su ademán serio y reservado.—Sabrá V. que consideraciones particulares, el interés de una niña que me ha sido confiada, y otros varios motivos que sería prolijo enumerar ahora, me imponen la obligación de revocar la promesa que le hice á V. pocos días ha. El príncipe de Caramau me pide la mano de María; es hombre rico y poderoso. Si realmente desea V. la felicidad de María, ella se sacrificará para hacer á V. feliz; pero cuento con la honradez de V. y con sus hidalgos sentimientos, que me son muy conocidos, para estar seguro de que no abusará de su ascendiente sobre mi hija adoptiva; confío también que no insistirá V. por hacerme renunciar á una resolución que he creído deber tomar; y por último, no dudo que tendrá V. bastante discreción para comprender que su presencia en esta casa es imposible en lo sucesivo.»



Estas últimas palabras fueron un rayo para el pobre Bellini: apenas tuvo alientos para decir entre dientes algunas palabras recordando al conde su reciente promesa. Todas sus representaciones fueron vanas. Y como el infeliz amante sintiese, con los ojos llenos de lágrimas, el conde le dejó solo bruscamente y cerró la puerta con violencia.

A la mañana siguiente muy temprano, Bellini salió de la *villa Carco*. Alejándose desesperado y acaso se hubiera dado la muerte si Maria, á quien solo había podido ver un instante, no le hubiese dicho apretándole la mano:—«Vincenzo, todo lo sé; pero no temas... te seré fiel; lo juro de nuevo por lo mas sagrado... ¡Tuya ó la muerte!»

Un ósculo de casto, pero profundo amor, selló aquel juramento pronunciado con firme y solemne voz.

## IV.

Vamos ahora á explicar el extraño proceder del conde con Bellini.

Frecuentes pérdidas al juego, y un completo desórden en el manejo de su casa y su hacienda, habian puesto al conde de Sassolini á dos dedos de su ruina. Cada vez mas subyugado por su ciega pasión, había recurrido por necesidad á pedir prestado, y como ni la suerte le era favorable ni él ponía límites á su despilfarro, pronto resultó que las cantidades que llegó á deber al príncipe de Caraman, su unico acreedor, fueron bastante crecidas para exigir la venta de una gran parte de sus bienes, si había de pagarle enteramente, ó si reclamaba el príncipe el reembolso inmediato de sus adelantos.

En este estado se hallaban las cosas, cuando recibió el conde una carta del príncipe en la que recordándole delicadamente las sumas de que le era deudor, y que le hacían en cierto modo árbitro de su suerte, añadió, que prendado hacia mucho tiempo de su hija adoptiva Maria, tenía á gran fortuna poder hallar en aquella alianza un medio de conciliar sus intereses. En resumen, el príncipe pedía con toda la formalidad la mano de la doncella.

No se le ocultaba al conde que Maria sería mucho mas dichosa con Bellini, á quien amaba, y cuya suerte se anunciaba bajo tan brillantes y gloriosos auspicios, que con un hombre que probablemente no le inspiraba ninguna afición, aun prescindiendo de la desproporción de edades; sin embargo, sin consultarla siquiera, aceptó gustosísimo la proposición del príncipe. Veía un abismo abierto bajo sus pies y era preciso evitarle á toda costa: su fatal pasión le subyugaba enteramente; y no había sacrificio que no fuese capaz de hacer por satisfacerla. Aunque realmente quería de corazón á su hija adoptiva, aunque apreciaba las esce-

lentes prendas de Bellini y se le hacia muy duro faltar al honor retractando una palabra solemnemente empeñada, logró acallar la voz de sus remordimientos, y dió el paso, poco decoroso en verdad, que dejamos referido.

Cuando anunció el conde á Maria la pretension del príncipe de Caraman, respondió ella con un *no* absoluto y formal que ya se esperaba el conde; pero tambien creia firmemente que la separación del objeto amado la curaría de aquella pasión novelesca, y así respondió al pretendiente, que su hija adoptiva tenía alguna aversión á casarse; pero que, con el tiempo, y á fuerza de obsequios, sería fácil vencer su resistencia.

Poco tiempo despues, no se hablaba en P... y en toda Italia, mas que de los triunfos del jóven compositor Bellini, que pronto llegaron á oídos de Maria, á despecho de todos los conatos del conde para ocultárselos.—Ya está cerrada la herida, decía, y es preciso cuidar de que no se renueve.—Y sin embargo, ningún recuerdo estaba siquiera entibiado en el corazón de la hermosa enamorada. Amaba á su Bellini con toda su alma, y cuando un día le preguntó el príncipe si á fuerza de perseverancia y de rendimientos lograría hacerse amar: «Nunca, le respondió Maria, nunca.»

Esta resolución, por mas enérgica é inmutable que pareciese al conde de Sassolini, no alteró en nada el plan que se había propuesto: prohibió que se pronunciase nunca en su casa, delante de Maria, el nombre de Bellini, y cuando alguna vez hablaban los muchos amigos que iban á visitarle, de los triunfos del jóven compositor, mudaba hábilmente de conversacion, contando con que al cabo la ausencia y las distracciones que continuamente le proporcionaba, acabarían por curar á Maria de un amor que en ella había llegado á ser una segunda naturaleza.

¡Vana esperanza! Solo en pobres cabezas ó en corazones vulgares, entibia la ausencia los sentimientos, y borra la imágen del objeto amado. En las imaginaciones ardientes, en los seres capaces de entusiasmo, y en quienes las pasiones toman las formas de la constancia, la ausencia es como aquellos suplicios que robustecían la fé de los primeros cristianos, y les hacían visible á Dios. Y en efecto, ¿no existen en un corazón lleno de amor, deseos incansables que dan nuevo realce á las formas queridas, haciéndoselas entrever coloreadas por el ardiente pincel de las ilusiones? ¿No experimenta el alma suavísimos arrobamientos que comunican una especie de belleza ideal á las facciones adoradas? Lo pasado se hermosa con la vivacidad de los recuerdos. El porvenir se llena de esperanza. Entre dos corazones de este temple, llenos, por decirlo así, de esa especie de fuego eléctrico, una primera entrevis-



ta es entonces como una benéfica nube de verano, que reblandece la tierra y la fecundiza.

Esa entrevista entre Maria y Bellini, se verificó dos meses despues que el jóven maestro salió de Carvo, desgarrado el corazon por mortales angustias. Estaba la doncella sola, en el interior del parque que se extendia detras de la quinta del conde, sentada en un banco de césped, triste y meditabunda, pensando en su amante, en sus perdidas esperanzas, en sus presentes amarguras; y sin embargo, en medio de los acerbos dolores que desgarraban su pecho, la calma augusta de la naturaleza, indiferente á aquellas luchas internas, aquel sol de otoño que parecia una postrera sonrisa del Cielo, aquella aura perfumada que refrescaba su frente, todos aquellos suaves encantos del campo y de la soledad, ejercian sobre su alma un blando consuelo.

Embebida estaba en sus vagos pensamientos, cuando resonó á sus espaldas un leve rumor; levantase de pronto sorprendida y asustada; lanza un grito y cae sin sentido en los brazos de Bellini.

Para pintar la hora que pasaron en el delirio de la alegría, no en sus indescriptibles pormenores, sino en su conjunto; para expresar la melodía de aquellas dos almas enamoradas, y los mil sucesos de aquella completa fusion de dos corazones por largo tiempo separados, seria preciso recordar la melodía que resulta de los sonidos graves perfectamente unidos á los sonos agudos, ó los vistosos colores del arco iris, heridos por los rayos del sol despues de una recia tempestad, destacándose sobre el fondo oscuro de un horizonte nebuloso.

Aquella hora se deslizó harto rápida, y fue preciso separarse; pero antes concertaron una próxima cita, y otra y otras sucedieron á esta.

Durante un mes que duraron aquellas frecuentes entrevistas, nunca olvidó el conde de Sassolini emplear todos los medios posibles de arrancar á Maria un consentimiento que su corazon rechazaba con todas sus fuerzas. Empleó primero una blandura fingida, luego llegaron las reprensiones ásperas, las amenazas..... Todo fue inútil; Maria habia jurado y no queria ser perjura: en las almas fuertes y grandes, las resoluciones son inmutables; el amor es eterno.

Veíanse generalmente los dos jóvenes amantes por la noche, para evitar ser sorprendidos. Maria pretestaba un dolor de cabeza, fingia necesitar pasearse un rató, y á cosa de las nueve acudia al sitio donde le aguardaba Bellini, acompañada siempre de su doncella Ana, á quien habia confiado su secreto. Ana era una excelente muchacha que la queria como á una hermana, que habia visto nacer aquel amor, la habia consolado en sus tristezas y habia pre-

senciado siempre aquellas furtivas entrevistas. Segura de su discrecion y de su cariño, Maria tenia depositada en ella toda su confianza.

Una tarde á principios de noviembre, acababa Maria de llegar al punto donde le aguardaba su amado, impaciente por verla y estrecharla en sus brazos, como siempre, pero triste, lloroso y agitado; su voz, sus ademanes, su semblante abatido, todo revelaba en él una afliccion que en vano procuraba reprimir.—¿Qué tienes?—Le pregunto Maria.—¿no me amas, no estás seguro de que te amo y de que seré tuya apenas tenga edad para disponer de mí? ¿Qué tienes, Vincenzo, qué tienes? Dímelo, por Dios, dímelo.

—¡Maria!—esclamó el jóven con voz trémula y empapado en llanto.—Maria, vida mia... he tomado una resolucion que acaso te hará dudar de mi amor, una resolucion que va á separarnos por algun tiempo... voy á dejarte.—Maria se estremeció de pies á cabeza, y una mortal palidez cubrió su hermoso rostro.—Si, añadió Bellini, voy á dejarte porque..... tú lo sabes, ángel mio; lo que tu padre necesita para creermelo digno de ti, es que yo sea rico, muy rico... pues bien, Maria, hay un país donde con talento y firme voluntad, se consigue acumular riquezas. Voy á Paris; mi nombre debe tener ya allí alguna celebridad; en poco tiempo podré adquirir una posición brillante.... Entonces volveré á pedirte á tu padre... hasta entonces, Maria, júrame que me serás fiel; júrame que ningun otro apretará esta mano como yo la estoy apretando ahora... —Y desconsolado la cubria de besos Bellini y de lágrimas.

Como un ángel en las puertas del santuario, la hermosa virgen estaba serena y firme en su dolor: conocíase que su alma pura se prosternaba con resignacion bajo el peso de aquel nuevo dolor:—Vincenzo,—dijo con voz dulce y grave;—si esta separacion es necesaria para nuestro enlace, para nuestra felicidad, parte; pero júrame tambien que volverás pronto, que me serás constante, y que no dirás á otra la palabra de amor que tantas veces me has dicho á mí.

—¡Lo juro! esclamaron entonces dos voces juntas, como si el mismo pensamiento hubiera inspirado las mismas palabras.—¡Lo juro!—repitió Bellini.—Ana,—añadió,—Ana, si algun dia Maria dudase de mí, si algun dia la arrastrasen al altar y olvidase sus juramentos, recuerda los tú; dile que son sagrados, y que nada, nada puede eximirle de cumplirlos; Ana, yo te lo ruego; sosténla cuando yo no esté á su lado; háblale de mí y hazla perseverar en los mismos pensamientos, en las mismas resoluciones. Si algun dia fuese perjura..... —Maria no le dejó acabar.—¡Lo juro!—repitió fuera de sí; lo juro por



lo mas sagrado. ¡Tuya ó la muerte!

Oyóse en aquel momento el toque de oraciones en el campanario de la iglesia vecina: la brisa de la tarde meria en sus blandas alas aquellos tañidos que anunciaban que á aquella hora la cristiandad entera repetía las palabras dichas por el ángel á la muger que redimió las culpas de su sexo.

Aquel sonido religioso, los vagos murmullos de la tarde, el aura melodiosa en las enramadas, los últimos gorgoros de los pajariños, todo realizaba la solemnidad del momento; parecia que la naturaleza entera prestaba su misteriosa voz para consagrar los juramentos de Maria y de Bellini. Aquella poesia religiosa, unida á todas aquellas poesias naturales, espresaba admirablemente el lastimero y melancólico canto de la partida.

### V.

Al fin fue preciso separarse. ¡Amargo fue aquel instante.... fue uno de aquellos en que parece que se rompen á la vez los mil lazos que nos unen á la vida! ¡Qué de lágrimas! ¡Qué de juramentos! ¡Qué de castos y largos abrazos!.... Luego una indecible opresion de pecho, una desesperacion que mata.... Apenas se oyó en medio de los sollozos:—Sí, adios, Maria!—Adios, Bellini!...—Luego siguieron algunos segundos de mudo, de terrible dolor.... y se separaron los dos amantes....

Exacta y regularmente por espacio de tres meses y por conducto de Ana, recibió Maria las cartas que cada semana le escribía el enamorado jóven, que contenian siempre los mismos juramentos, las mismas protestas de amor eterno, le daban nueva fortaleza para resistir al conde de Sassolini, que de día en día la instaba y la amenazaba mas, y la hacia mas infeliz. Por su parte el príncipe de Caramau estaba cada vez mas rendido con ella, y no perdonaba medio para causar á la hermosa niña y vencer su entereza y su resistencia. La pobre Maria tenia que sostener una lucha cotidiana, y sin embargo no se doblegaba, antes bien parecia que hallaba nuevas fuerzas de energia en aquella misma obstinada lucha.

Pasaron empero veinte dias sin que recibiese carta alguna de Bellini. ¿Estaba enfermo, ó la olvidaba por otra?..... La pobre Maria se sentia desfallecer.... La incertidumbre, el temor la mataban.... ¡Infeliz! Trascurió un mes mas y tampoco recibió carta!

Una mañana entró en su cuarto el conde de Sassolini.—Vengo,—le dijo,—vengo á curarte enteramente de tu loca pasión.—Estas palabras helaron el corazón de la infeliz amante.—Toma, lee,—añadió,—presentándole una carta que llevaba en la mano. La pobre Maria estaba como fuera de sí; su vista se

turbaba y apenas podia tenerse en pié.

Al cabo de algunos instantes, como si hubiera deseado un dolor y una pena mayores que los que experimentaba, cual si hubiera querido sondear el abismo del infortunio y cebarse en su propia angustia, empezó á leer con una serenidad y una resignacion que parecian naturales.

Anunciaba al conde un amigo en aquella carta, que en conformidad con sus instrucciones habia tomado informes acerca de Bellini; y decia entre otras cosas, que el jóven compositor obsequiaba públicamente, hacia algun tiempo, á una señorita muy rica, cuya mano habia pedido y le habia sido otorgada, estando ya todo arreglado y decidido, á punto de que solo se aguardaba la llegada de un pariente, necesario para efectuarse la boda.

Cuando el conde se adelantó para tomar la carta de manos de Maria halló á la infeliz exánime y fria, la cabeza reclinada en el respaldo del sillón en que habia caído.... sus labios estaban descoloridos y todo su hermoso rostro presentaba un aspecto cadavérico.

En una especie de fria locura, el ángel habia aceptado una lucha demasiado violenta para él....

### VI.

Quince dias despues de la escena que acabamos de referir, la parroquia del C... en P... estaba magníficamente decorada; el clero, los pertigueros estaban vestidos de gran gala, y una muchedumbre de curiosos llenaba la espaciosa nave y las capillas laterales: todo anunciaba una gran ceremonia.

En efecto, iba á celebrarse el casamiento del príncipe de Caramau con la hija adoptiva del conde de Sassolini.

Pronto llegaron los coches: los novios, los testigos y los amigos se apearon de ellos y entraron en la iglesia pasando por entre dos hileras de gente.

El príncipe iba muy grave y ufano: Maria se encaminaba al altar desconsolada, con los ojos bajos, y casi tan blanca como las virginales galas con que iba ricamente ataviada: parecia una criminal arrepentida yendo al suplicio.

Empezó la ceremonia. Rompieron los órganos en mil celestiales armonías, y todos los asistentes se prosternaron con profunda devocion: un momento despues cesó todo el rumor, y solo se oyeron las palabras sacramentales del sacerdote.

Maria no habia levantado ni una sola vez los ojos, que tenia clavados en el suelo. Por lo que hacia el príncipe, su ademan distraído probaba cuán poco le llegaba al alma la grandeza del acto que iba á consumarse.

(Se concluirá.)